

fiada su custodia á un lego de la orden. Desde entonces no sabemos lo que ha sucedido, si habrán venido al suelo por falta de reparo aquellas endeble fábricas, si habrá sofocado los gérmenes del cultivo la selvática naturaleza, ó si por el contrario la habrá despojado de su magnífica pompa una mezquina explotación. Podrá haber perecido para no volver á levantarse el humilde edificio, devorado según noticias por un incendio en setiembre de 1872; pero, si no se ha empeñado en su exterminio el hombre, de seguro la espontánea vegetación, sin necesidad de ayuda, habrá ya reparado á estas horas el estrago de las llamas (1).

Por austera que fuese la vida de comunidad, en ciertas épocas del año se trocaba el claustro en Tebaida y los religiosos en anacoretas, dispersándose en busca de mayor soledad y penitencia por las ermitas sembradas en derredor. No bajaba su número de diez y seis, y cada una llevaba el nombre de un santo y un sello particular por su situación ó por su forma: unas encaramadas en la cima de un repecho como una aspiración de amor y de esperanza, otras hundidas en las quebradas ó metidas en la espesura como la humildad y la compunción, sin descubrir más que una partícula de cielo; cuales construídas en la hendidura de una peña, cuales en el tronco de un árbol, señalándose entre estas por su adusta sencillez y por el sublime lema *mortuuro satis* la que practicada en el hueco de un alcornoque habitaba el padre Acevedo á principios de esta centuria (2). Todas sin embargo en su estrechez contenían el altar del santo sacrificio, el lugar del trabajo y del reposo y el repuesto de frutas secas, única comida del solitario; sus cúpulas hechas de troncos y los adornos tallados en sus portales les daban por fuera cierta rústica elegancia, y coronábalas una cruz y una campana por

(1) Trátase de restablecer la iglesia que solicitan sus primitivos dueños.

(2) Á los 22 años de edad, siendo capitán de guardias españolas, se encerró en el convento, y fué el único que permaneció en él durante la ocupación de los franceses, que no penetraron en aquella soledad.

medio de la cual se correspondían en el silencio de la noche excitándose mutuamente á oración. Crecían y susurraban en torno los esbeltos pinos, los corpulentos cedros, los fúnebres cipreses, los castaños, los alcornos, combinando sus copas y su verdor tan diferentes, y dejando apenas llegar los rayos del sol á las modestas flores y olorosas plantas que alfombraban el suelo; corría junto á cada ermita una fuente ó más bien un brazo del arroyo, que bajando de las peñas y cruzando la vega mansamente, después de imprimir movimiento á dos molinos, saltaba de la cerca desplomado en espumosa catarata, cuyo rumor solemne constituía el fondo del melodioso concierto de los restantes. El arte más exquisito en la creación de sus admirables jardines no alcanza otra cosa que imitar las agrestes bellezas y encantos de aquel yermo, así como el mundo para hacer dulces y gratas las relaciones sociales con el barniz de la urbanidad y finura tiene que apelar al remedo de las virtudes sinceramente cristianas.

Río abajo por el frondoso valle anduvimos una legua, en que el anubarrado cielo y la helada llovizna robaban mucho de su placer á lo pintoresco de los riscos, al verdor de los árboles, al murmullo de la corriente. Pero contraste aún más acerbo con el ameno y variado paisaje, ofrecía el mísero lugar donde nos detuvimos á hacer noche: entre los frutales y huertecillos de la cañada, junto á las vigorosas encinas festonadas de tiernas vides, chozas húmedas medio excavadas en la tierra, confundíndose con ella á corta distancia, techos de pizarra sin mezcla al través de los cuales penetraban el agua y la luz de los relámpagos, gentes hurañas y haraposas acostadas sin distinción de sexo ni edad, sobre montones de helechos al lado de sns animales ó caballerías. Y eso que estábamos en el caserío ó alquería de las Mestas, la más culta por su proximidad á la Alberca, de cuantas forman las siete feligresías y cinco ayuntamientos del territorio de las Hurdes dentro del límite de Extremadura, verdaderas hordas cuyo embrutecimiento justifica en parte la

fábula de las Batuecas, y que no bastan á explicar las rudas montañas en cuyo seno viven.

Para siete leguas de camino que dista Béjar, costeando con rumbo á oriente las faldas de la sierra, no empleamos menos de tres jornadas, que el implacable temporal nos forzaba á interrumpir cada vez antes de perder de vista casi el punto de salida. Los cerros, los olivares, las poblaciones se nos presentaban envueltas en un velo de lluvia; los caminos estaban hechos arroyos, y en el hogar de las posadas donde tan lentas se sucedían las horas, no se hablaba sino de ríos salidos de madre, de caballerías y aun hombres arrastrados por las avenidas. La Herguijuela, á cuya iglesia puesta en alto y la más antigua del distrito, según tradición, acudían un tiempo los lugares comarcanos, más adelante Soto Serrano, Horcajo, la Calzada, no nos ofrecieron más que el abrigo que era, á la sazón, de desear sobre todo; impresiones artísticas no había allí que esperarlas, ni la ocasión nos hubiera quizá permitido saborearlas tranquilamente. Lo que nos endulzaba las penas del viaje eran los cuidados paternales de nuestro bondadoso conductor, sus consuelos no aprendidos en ningún libro ascético, sino brotados de un alma profundamente religiosa, el alto ejemplo de abnegación con que atendía no más á nuestras molestias, sin acordarse de las que él solo por nosotros sufría: de suerte que al llegar á Béjar sobrepujó á la satisfacción del descanso la angustia de la despedida. Catorce años después volvimos á abrazar al excelente anciano, cumpliéndose nuestra esperanza y su promesa de venir á nuestro encuentro desde un extremo á otro de la provincia; y de esta emoción suavísima participará el lector, si hemos logrado éxcitar hacia nuestro real y verdadero serrano, bien ageno de obtener y de merecer la publicidad, algo del interés y admiración que inspiran los tipos ideales de Antonio Trueba y de Fernán Caballero (1).

(1) Bajo el aspecto de bellezas morales y recuerdos íntimos sería quizá nues-

CAPÍTULO IX

Béjar



El fin después de tantas villas que vegetan y de ciudades que decaen, tropezamos con una población que prospera y se engrandece. Á la soledad de los edificios y á la tristeza aunque imponente de las ruinas, sucede ¡espectáculo bien raro por no decir único, en las regiones de la vieja Castilla! el lucimiento de nuevas construcciones y la animación de afanada muchedumbre. La guerra civil llamada de los siete años, que devastó con más rigor otras provincias extinguiendo sus focos de industria, favoreció el rápido

tro viaje más interesante, más instructivo y más consolador ciertamente, que bajo el artístico: no nos falta caudal de observaciones y de materia, pero sí pluma y misión para ello. ¡Cuántas flores de afecto y de virtud, recogidas en todas las esferas de la inteligencia, en todas las gerarquías sociales! Por más que avaros de nombres propios, nos creemos obligados á estampar aquí el de nuestro amigo de la Alberca, el Sr. José Puerto, padre del presbítero don Luciano, hoy cura de la parroquia de San Boal en Salamanca, cuya honrada familia á pesar de las distinguidas personas que ha producido, se mantiene en su condición labriega por esa mezcla de modestia y dignidad peculiar á ciertas provincias y única capaz de realizar la verdadera fusión de clases.